Cornelio Jansenio

Teólogo y profesor en la Universidad de Lovaina

Discurso de la Reforma del Hombre Interior

Oratio de Interioris Hominis Reformatione

Traducción desde el texto latino de Claude Sonnet 5

APPROBATIO

Esta Exhortación (Paraenesis) del insigne Maestro Cornelio Jansen, compuesta a partir de la doctrina —y casi con las mismas palabras— del maestro de todos los teólogos, san Agustín, será impresa con provecho, por cuanto, al mostrar cómo obstruir las fuentes de los pecados, allana el camino hacia las virtudes más sólidas; de modo que lo que en muchos obró siendo dicha por su autor, en más lo consiga aún al ser leída. Así lo juzgo, a 13 de noviembre de 1628.

Henricus Calenus, Licenciado en Sagrada Teología, Arcipreste de Bruselas, Censor de Libros.

Discurso de la reforma del hombre interior

> *Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. — 1 Juan 2*

Así lo ha dispuesto la naturaleza, o más bien la divina Providencia: que todas las cosas sometidas a sus leyes, o contenidas dentro de sus límites, vuelvan cada una a su propio origen con ímpetu infatigable. De donde resulta que cuanto nace de la tierra, a la tierra vuelve, de donde fue tomado; y cuanto se compone de los elementos, en esos mismos elementos se disuelve. En efecto, *todos los ríos entran en el mar, de donde salieron (Eclesiastés 1:7). Y esta ley, como universal de todas las criaturas, está establecida con un orden tan estable que incluso las corrupciones mismas de las cosas —por las cuales éstas se apartan de los límites propios de su naturaleza— conservan en sí ciertos rasgos de aquel origen, impresos en ellas.*

Pues ¿qué otra cosa significa aquel peso inmenso con que toda la criatura se inclina y se apresura hacia la ruina, y hasta hacia su propio abismo de nada, sino que la Palabra que sostiene todas las cosas retira su mano; qué otra cosa, digo, sino que por un cierto instinto natural se revela a los seres inteligentes el origen de todas las cosas creadas? De aquí resultó que ni la criatura angélica ni la humana permanecieron en la altura en que habían sido constituidas, sino que, conducidas como a una región extraña —abandonado Dios— cayeron en lo inferior como en su patria propia, sin que nada las detuviera en su caída ulterior, de no haber sido retenidas por una benevolencia más poderosa.

De modo que no debe parecer extraño que no veamos ningún estado de una república tan firme y rectamente constituido cuyo vigor no decaiga con la sola mudanza de los tiempos; ni ninguna disciplina de una Orden religiosa tan sancionada por leyes exactas, ni tan afianzada por el uso, ni tan robustecida por la observancia, que —al ir aflojándose los ánimos— no se disuelva primero su saludable austeridad y, agravándose luego poco a poco la costumbre hacia lo peor, no acabe precipitándose en la primitiva confusión de los hombres.

Pues así como los árboles, tirados con gran fuerza por las manos en sentido contrario, en cuanto se sueltan retroceden con mayor violencia hacia su posición natural, así, al contrario, la naturaleza humana, desde que quedó viciada y encorvada por el pecado, no se endereza sino con violencia extrema hacia su rectitud; y si se la deja libre y descuidada, se precipita, como por su propio peso, hacia sus corrupciones originales. Y nadie se maravillará de que esta ley esté tan profundamente inscrita en las entrañas de las cosas creadas, si advierte que también en la obra misma del Creador —que gobierna las criaturas fugitivas y caídas— no dejan de transparentar, aunque oscuramente, sus huellas.

En efecto, ¿qué hay más magnífico y espléndido en sus obras que esto: que así como al hombre, imagen suya, el pecado lo arrojaba hacia la nada de donde había surgido, así también, en sentido contrario, lo llamó de vuelta hacia el autor y fuente de donde había fluido cuanto bien había en él? Juzgó, sin duda, más digno rehacer, mediante la renovación, el vaso

caído de la mano del alfarero, devolviéndola la primera imagen y origen que le había dado al crearlo, que despreciarlo roto, o imaginar uno nuevo destruyendo todos sus fragmentos. Movidos por estas huellas de la Sabiduría eterna, grandes varones juzgaron en otro tiempo prestar un servicio no menos ilustre del que hoy prestarían, si devolvían el rostro afeado de la antiquísima y celebérrima Religión a su primitivo esplendor y hermosura, antes que introducir en él líneas y colores nuevos e ingeniados.

Pues donde la antigüedad está sancionada por la prudencia celestial, probada por el largo uso de los siglos, comprobada por el más feliz suceso de las cosas, allí toda novedad queda excluida por la sola prerrogativa de la antigüedad. De modo que no puedo maravillarme bastante del sentir de algunos hombres que, ya por excesivo apego a lo suyo, ya por fastidio de lo ajeno, ya por no sé qué medrosa inquietud ante el futuro, prefieren denigrar tan santos propósitos antes que sumarse con sus alabanzas a quienes los aplauden. Pues también la justicia halló en otro tiempo quien la reprendiera, y la calvicie, quien la alabara.

Me esforzaría, tal vez, con mayor empeño en persuadiros mediante una recomendación más copiosa de tan glorioso propósito, si no temiera —como dijo Agustín en un caso semejante (*De moribus Ecclesiae*, c. 31)— parecer juzgar que aquello, expuesto por sí mismo, no pudiera agradar por su propia hermosura a jueces equitativos, si pensara que había de añadirle también el coturno del elogio.

Pero, para aportar algún auxilio a vuestros principales esfuerzos, con los que tendéis hacia el cielo, diré algunas pocas cosas, conforme a mi flaqueza e impericia, no tanto sobre la recomendación o reforma de la disciplina monástica, cuanto sobre el envejecimiento y la renovación del alma humana —en lo cual consiste todo el fruto de la disciplina monástica—, para que pueda entenderse con algo más de precisión por qué orden el alma cayó en su vejez, y por qué camino, del modo más breve, puede ser devuelta a su origen y a su hermosura.

En esto, cuanto Dios me lo conceda, seguiré las huellas —y con frecuencia también, en gran parte, las mismas palabras aquí y allá esparcidas— de aquel que penetró profundísimamente los recovecos escondidos del corazón humano y todas las fibras de sus afectos: el gran Agustín, quiero decir; de modo que, bajo la autoridad de tan gran doctor, esté lejos de mí la temeridad de afirmar, y os asista a vosotros la seguridad de asentir y, si os place, de imitar.

La creación del hombre y su caída

Habiendo querido Dios óptimo y máximo, desde aquella inagotable fuente de su bondad, crear un animal ciertamente terreno, pero digno del cielo si permanecía unido a su Autor, infundió en un cuerpo —que igualmente no habría de morir, a menos que él mismo lo quisiera— un alma inmortal. Y al alma le dio inteligencia y libre voluntad, fundando su naturaleza de tal modo que le concediera también la gracia, para que con el ojo purísimo de la mente gozara de la verdad inmutable, y con voluntad rectísima se uniera estrechamente a su Autor y lo abrazara con amor. ¿Qué hay entre las criaturas más excelso que aquel que, adhiriéndose al

primer Principio de las cosas, era llevado hacia la eternidad de aquella luz incomprensible? ¿Qué más inteligente que aquel que se veía inundado por la luz de esa eternidad? De ahí, en el alma, un deleite inefable por tan gran bien; en el cuerpo, el vigor de la inmortalidad, con el cual, sin resistencia alguna, en la más pacífica tranquilidad, el alma seguía a Dios y el cuerpo al alma. No faltaba nada que la buena voluntad pudiera desear; no había nada que ofendiera a la carne ni al alma de aquel hombre que vivía feliz.

Pero, como todavía no estaba afirmado en aquella extrema estabilidad por la cual pudiera olvidarse de sí mismo por el amor de la divina sabiduría, o incluso despreciarse enteramente en comparación con ella, se le ocurrió a sí mismo, en cierto modo, pensar en sí; salió a su propio encuentro, por así decirlo, y, cautivado por su propia hermosura, se agradó a sí mismo; y, complaciéndose en sí y permaneciendo en sí, desfalleció. Pues no volcó, como hubiera debido, el arroyuelo que lo deleitaba, de vuelta a su fuente; sino que, aferrándose a sí mismo, quiso ser suyo y de su propio poder, quien debía ser regido por otro. Ahora bien, elevación perversa es esta: abandonado aquel Principio al cual el alma debe adherirse, hacerse en cierto modo principio de sí misma y para sí misma, y querer ser ella misma la cabeza de su propio vivir, saber y gozar. ¿Y qué es la soberbia sino el apetito de esta perversa elevación? Se comete precisamente cuando, complaciéndose cada uno en sí mismo, se aparta de aquel bien inmutable que debería agradarle más que él mismo a sí propio.

Así pues, precipitado por la ruina de la soberbia en su voluntad, quedó al punto —como si un tumor le oprimiera los ojos— también entenebrecido y ciego en la mente, de modo que ella creyó verdadero lo que había dicho la Serpiente, y él pensó que solo sería transgresor venialmente del precepto si no abandonaba a la compañera de su vida ni siquiera en la sociedad del pecado. Perdidos, en fin, los deleites de aquella felicidad espiritual, fue en busca de los placeres más ínfimos y carnales, sacados de las cosas más viles. *Tomó —dice la Escritura— del fruto del árbol y comió, y dio también a su marido, el cual comió* (Gén. 3). Caído, pues, el hombre desde la altísima eternidad, desde la inmutable verdad de la Sabiduría y desde la felicísima dulzura de las delicias espirituales, por querer ser fuente y principio de su propia excelencia, de su propio saber y de su propio gozo, quedó hecho —él y toda su posteridad— Soberbio, Curioso y Voluptuoso carnalmente.

Pues por la misma experiencia del bien y del mal, hundido continuamente en sí mismo, sintió su propia indigencia; y así, con una tenebrosa emulación de aquella excelencia, ciencia y bienaventuranza divinas que había gustado, y a las que había estado unido por la admirable exaltación, iluminación y gozo de su naturaleza, se esfuerza ardentísimamente, con el ímpetu de tres inmundas concupiscencias, por resarcir la pérdida de la felicidad despreciada, de modo que, perdida la verdad de tan grandes bienes, el alma infeliz consuele su miseria, al menos de algún modo, con la sombra de ellos. Estos son, en efecto, los últimos esfuerzos del hombre herido, y como el palpitar de un cadáver semivivo, con el cual da testimonio de no estar del todo extinguido: estas son, en fin, las tres fuentes de donde —como enseña Agustín con la mayor constancia y frecuencia— mana la corrupción de todos los crímenes humanos (*De vera religione*, c. 38; *Confesiones*, libro 3, cap. 8, y en otros lugares). Y en verdad no hay

género alguno de tentación con que el demonio derribe a los que ya han caído, o empuje a los que aún están en pie, que no quede comprendido en uno de estos tres géneros: la Soberbia, la Curiosidad o el Placer carnal. Pues las mismas armas que había experimentado, con tan fácil victoria, contra los primeros hombres, las dedicó también a vencer y destruir a todo el género humano.

Por aquello de *«el día que comáis de él»* (Gén. 3), infundió en la misma médula el prurito de los placeres más bajos; por aquello de *«se abrirán vuestros ojos, y seréis conocedores del bien y del mal»*, inspiró la más inquieta curiosidad; por aquello de *«seréis como dioses»*, infligió la herida más oculta de la Soberbia. De ahí que nuestro mismo Emperador, que había venido a sanar al hombre traspasado por tres heridas, fuera atacado con esos mismos tres géneros de armas, y quebrara su filo con el escudo de su verdad, para que a sus imitadores no les parecieran ya tan temibles las armas con que ellos mismos habían sido vencidos. En el pan estaba la voluptuosidad de la carne; en la tentación de Dios —con la cual se le incitaba a probar si sería recogido por los ángeles— la curiosidad de saber y experimentar; en la promesa de todos los reinos, se le brindaba la soberbia. Con el mismo orden, en efecto, con que antes había precipitado a la criatura, se esforzaba ahora por impulsar también al Creador. Terminadas estas tentaciones, como agotado ya el arsenal del demonio, añade el Evangelista: *«Y acabada toda tentación, el diablo se apartó de él»* (Luc. 4).

Este triple género de concupiscencia fue comprendido, por inspiración divina, brevemente por el Apóstol, cuando afirma que todo cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (1 Juan 2). En efecto, quien considere con sagacidad y atención hallará que todos los crímenes que contaminan al cuerpo y al alma humanos, todos los delitos que asuelan la sociedad de los hombres, brotan de estas tres fuentes, y que, taponadas ellas, se secan y se sofocan. Pues ¿qué puede concebirse en todo el hombre sino cuerpo y alma; y en el alma, sino inteligencia y voluntad? A la voluntad se le imprimió la Soberbia; a la inteligencia, la Curiosidad; al cuerpo, la Concupiscencia de la carne. Pues la codicia de las riquezas —que muchos quieren significar mediante la concupiscencia de los ojos, o no pueden ver con claridad bajo cuál de las otras se contiene— nunca es la primera. Pues las riquezas se buscan precisamente para servir a alguna de estas tres concupiscencias, o a dos de ellas, o a todas: son, en efecto, satélites las riquezas, no jefes de las demás concupiscencias.

Con tanta mayor diligencia y solicitud deben, pues, ocuparse todos los cultivadores de las virtudes, a quienes preocupa la reforma y renovación de su alma según la imagen de quien la creó, en penetrar la falacia de estas concupiscencias, sus efectos, el orden de su curación y las reglas para poder volver, así, a la integridad de la que cayeron.

La concupiscencia de la carne

Y en verdad, lo primero que se presenta en este camino de reforma es la concupiscencia de la carne; a contenerla y a moderarla con los frenos de la templanza dedica su mano, ante todo,

quien se aplica al estudio de las virtudes. Pues es la más conocida para las almas tenebrosas que aspiran a la luz, y la más fácil de vencer para los débiles. Se la llama «de la carne» porque el placer hacia el cual, andándole, se abrasa, se consuma en la carne misma, y se admite por los cinco sentidos como por otras tantas puertas. Caída, en efecto, de sus gozos interiores, el alma infeliz se derrama hacia lo exterior, de modo que, ya sea por el más ínfimo y extremo sentido de su cuerpo —los ojos, los oídos, la lengua, el olfato, o toda la masa del cuerpo—, retiene el placer que huye de ella, o compensa el que ha perdido. Aquí está todo el reino del placer, al cual milita toda la turba de los carnales, y contra el cual luchan, resistiéndose, los espirituales.

Y aunque nos refrenemos con el estudio de la templanza para percibir esta lucha, la misma alma, mediante deseos tumultuosos, importuna con estrépito sus propias santas intenciones, y hacia el goce de las cosas por las que se abrasa se ve impelida, a veces incluso contra su voluntad y con repugnancia, por un cierto apetito de placer. Este ímpetu no es otra cosa que una cierta complacencia general, o libido, por la cual se apetece sentir de cualquier modo un placer que no está permitido amar. Esta libido del placer es enteramente contraria al amor de la sabiduría, y enemiga de las virtudes, sea cual fuere la ventana de los sentidos por la que intente su ingreso.

En su moderación ha de tenerse, en breve, esta regla de la vida cristiana, establecida por doquier con la autoridad de san Agustín —aunque algunos la han penetrado poco, o incluso la han rechazado—: que, aunque puedan hacerse muchas cosas como de paso, a través del placer, nada, en cambio, puede hacerse por instinto de la libido, a causa del placer. Aquí es grave y penosa la lucha de los santos. Pues mientras, oprimidos por las necesidades de la vida humana, nos servimos del placer de los sentidos corporales para, pasando a través de él, realizar algo útil, con frecuencia abusamos de la libido del placer, de modo que hacemos aquello por aferrarnos a él y a causa de él. Pues, debiendo usarse los sentidos del cuerpo con diligencia y no con libido —para deliberar, respecto del cuerpo y de la vida que llevamos, qué aprobar o reprobar, qué tomar o rechazar, qué apetecer o evitar—, se le adjunta, como una sirvienta peligrosa, la delectación, la cual con frecuencia, mediante un deseo anhelante, intenta ir por delante, de modo que llegue a hacerse por su causa lo que pensábamos hacer por causa de la utilidad.

Pues no es la misma la medida de la utilidad y la de la delectación; porque lo que basta a la utilidad, con frecuencia es poco para el placer. Así, a menudo, envueltos por esa libido, quedamos inciertos de si aún nos guía la intención de sentir lo útil, o si nos arrastra la engañosa falacia de la voluptuosidad. Ante esta incertidumbre se regocija el alma carnal, alegrándose de que no aparezca claro el límite que no le es lícito traspasar, para que, con el pretexto de la utilidad deseada, oscurezca el verdadero negocio, que es el del placer. Así, lo que se veía obligada a hacer pasando a través del placer —porque no había otro tránsito posible sino por él—, se descubre al fin que lo sintió por libido del placer y a causa del mismo placer.

Cuando están ausentes las cosas que codiciamos, es fácil discernir esta ilusión, con tal de que miremos con sagacidad la causa misma, para ver si lo que pide es el deber, o si lo que nos halaga es el placer. Pero cuando están presentes las cosas que sonríen a los sentidos, ¿quién explicará con palabras cómo, oscurecidos los ojos por el humo de la concupiscencia, se nos impide ver qué exige la necesidad del deber y qué la libido del placer? De ahí aquella frecuente vacilación del ánimo religioso, cuando, al oír un cántico divino, se mueve al afecto de la piedad, y a la vez duda si es la piedad, más que el deleite de oír el sonido, lo que desea. Pues alimentar solamente los oídos y el alma con la mera armonía o suavidad de los sonidos, la norma verdadera de la religión lo condena.

De ahí también aquella disputa cotidiana entre la templanza y la concupiscencia, cuando reparamos las ruinas del cuerpo comiendo. Pues ¿quién puede expresar cómo aquella insidiosa concupiscencia no nos deja percibir la medida de necesidad a la que hemos sido llevados para comer y beber, y cómo, arrebatándonos, esconde y traspasa el límite mismo del cuidado saludable, mientras creemos que no es suficiente lo que ya es suficiente, dejándonos llevar gustosamente por sus cosquilleos, pensando que aún atendemos al negocio de la salud, cuando más bien atendemos al de la indigestión? Del mal que hemos hecho damos testimonio poco después, arrepintiéndonos. Ciertamente, la concupiscencia no sabe dónde acaba la necesidad; y comprobamos por experiencia que es verdad lo que alguien dijo: que hay una gran vecindad entre el arrepentimiento y el placer.

Así, cuán breve y fácil es de decir que hagamos muchas cosas como de paso, a través del placer, tan difícil y arduo es de observar que nada hagamos por libido de placer y a causa de él. Esta dificultad la sienten sobre todo aquellos a quienes se les prohíbe cortar de un solo golpe los placeres que, por las necesidades de las cosas temporales, no pueden eliminar del todo, y a quienes toca, en cambio, hacer la guerra de contenerlos y moderarlos. Pues, ¿cuántos hay, entre quienes abundan en riquezas y en toda copia de bienes, que, hechos de pronto pobrísimos como el bienaventurado Job de rico que era, mantengan el ánimo tan inconmovible y fijo en Dios como él, y muestren con los hechos que no eran ellos quienes poseían aquellas riquezas, sino que era Dios quien los poseía a ellos? Si con esa disposición de ánimo hubieran vivido los hombres después de ya promulgado el Evangelio, no se nos prohibiría tan enérgicamente la posesión de esos bienes para poder ser perfectos. Pues es mucho más admirable no aferrarse a ellos aunque se los posea, que no poseerlos en absoluto.

Esto mismo, respecto de los sonidos, olores y colores, y también respecto de los manjares delicados y de los halagos de la propia carne —ya sea que deban cortarse del todo, ya moderarse con la templanza—, lo confesará, forzado por la experiencia, todo aquel que se haya propuesto esforzarse hacia la cima de la perfección que, en la moderación de esos placeres, prescribe la norma de la verdad inmutable. Pues la conciencia de cada uno reconocerá más fácil no usar en absoluto de esos placeres, aunque sean lícitos, que, usándolos, no pecar con frecuencia.

La Concupiscencia de los Ojos (Curiosidad)

Y este es, en efecto, el modo de refrenar y de dar suelta a aquella primera concupiscencia —la más torpe de todas— que el Apóstol llama concupiscencia de la carne; a quien, por la divina misericordia, la haya vencido, le saldrá al encuentro la segunda bestia, tanto más engañosa cuanto más honesta parece. Esta es aquella inquietísima Curiosidad, llamada así por su vano afán de saber, y encubierta bajo el nombre de ciencia. Ella ha establecido su lecho en la mente misma; allí, con el amontonado ajuar de múltiples imágenes, perturba el alma con extraños engaños, y se asoma por todas las rendijas del cuerpo. Pues hay en el alma, a través de esos mismos sentidos del cuerpo, un cierto apetito —ya no de deleitarse en la carne, como antes, sino de experimentar y conocer por medio de la carne— vano, inquieto y curioso; y como este apetito consiste en el deseo de conocer, y los ojos son, entre los sentidos, los principales para conocer, ha sido llamado por el lenguaje divino *concupiscencia de los ojos* (1 Juan 2).

Por esto puede distinguirse con más claridad qué se hace por los sentidos a causa del placer y qué a causa de la curiosidad: que el placer de la carne busca solamente lo agradable y deleitable, mientras que la curiosidad explora incluso lo contrario a ello, por el gusto de tentar, experimentar y conocer. De esta enfermedad de la concupiscencia está tanto más lleno el género humano cuanto que se introduce bajo la sombra de la ciencia, es decir, de la sanidad. De esta misma vena brota la múltiple afición a los espectáculos teatrales. De aquí el Circo, de aquí el Anfiteatro, de aquí la Escena, y toda la vanidad de las Tragedias y las Comedias. De aquí también la indagación de los secretos de la naturaleza que obra sin nosotros —indagación que de nada aprovecha saber, y que los hombres no desean sino por el mero gusto de saber—. De aquí la funesta curiosidad de las artes mágicas. De aquí también la tentación de Dios mismo dentro de la religión cristiana, por la cual, incluso hombres santos, movidos por el enemigo del género humano, exigen señales y prodigios por afán de experimentar, no de consultar. Con esta misma clase de múltiples sugestiones fue tentado Agustín, y también nuestro propio Rey.

¿Y quién podría enumerar en cuántas cosas, hasta despreciables, es tentada cada día nuestra curiosidad, y cuántas veces caemos cuando, de pronto, por el impulso de alguna novedad —ya la carrera de una liebre, ya una lagartija que atrapa moscas, ya otras innumerables cosas semejantes— se golpean nuestros oídos o nuestros ojos y arrastran hacia sí nuestra atención? Pequeñas son, sin duda, estas cosas; pero es exactamente lo mismo que ocurre en las mayores. Pues ya se mire con curiosidad una mosca, ya un elefante, son síntomas de la misma enfermedad. ¿Y qué decir de que esta misma flaqueza se insinúa incluso en las cosas sagradas, envuelta en el manto de la religión, cuando place mirar con curiosidad, o exhibir, construcciones insólitas de templos, pompas de procesiones y otras novedades ingeniadas? Y como estas suelen ser más gratas cuanto más inesperadas y admirables, delatan esta enfermedad oculta bajo el pretexto de la piedad.

Y aquel prurito de oír y decir novedades, ¿no da suficiente y sobrado testimonio, por su propia inquietud —que perturba el alma pacífica—, de qué vena procede? Pues ¿qué nos importa a

nosotros, a hombres particulares no vinculados a ningún cargo de administración de un reino o una provincia, qué se hace en Asia, qué medita el francés, a qué matrimonio aspira el polaco, o qué, en fin, se hace dentro y fuera, por tierra y por mar? Si alguien está ligado a un cargo público, y por eso se extiende en esta preocupación de indagar, no es vana curiosidad de saber, sino necesidad propia del deber de administrar. Esta es, en efecto, la regla de la vida cristiana en todo este género: que convirtamos esta diligencia de experimentar y conocer no hacia una curiosidad perniciosa o superflua, sino hacia la necesaria aprobación o reprobación de las cosas, de modo que podamos saber qué, en nuestra vida, según la virtud que debemos administrar y el cargo que desempeñamos, hemos de apetecer o de evitar.

Si traspasamos este límite del alma sabia por aquella inquietud que nos aguijonea, ¿qué extraño es que, devueltos a contemplar aquel rostro dulcísimo de la verdad eterna —donde está la ciencia cierta y fructuosa de todas las cosas—, seamos precipitados hacia abajo por la turba de vanidad copiosa que se abalanza sobre nosotros, de la cual nuestro corazón se ha hecho receptáculo? Como si se nos dijera: «¿A dónde vais, indignos y sucios, a dónde vais?». Justamente así expiamos en la soledad lo que pecamos en el bullicio.

Orgullo de la vida

Ahora bien, una vez reformado el alma por haber vencido estas dos primeras concupiscencias, surgirá de la propia victoria la tercera, a la que el Apóstol llama *orgullo de la vida* (1 Juan 2), más temible y más engañosa que todas las demás. Pues en cuanto el hombre se alegra de haber vencido, ya sea las dos concupiscencias ya dichas, ya la orgullo misma, levanta la cabeza a partir de esa misma alegría y dice: «Heme aquí vivo, ¿por qué triunfas?». Porque agrada triunfar antes de tiempo, como de algo ya vencido, cuando la última sombra de ella no ha de ser absorbida sino en el mediodía mismo de la eternidad. Para sanar de este mal, más de lo que puede decirse suplican a Dios, con lágrimas y gemidos, las almas piadosas, a fin de que les tienda la diestra a los que se esfuerzan por vencerla y, de algún modo, pisotearla y aplastarla.

Pues, como dijo con toda verdad Agustín: *el vicio por el cual el alma cayó primero, es el último en ser vencido* (*Enarraciones sobre el Salmo 7*); pues es lo último para quienes vuelven a Dios lo que fue lo primero para quienes se alejaron de él (*Exposición 1 sobre el Salmo 17*). Existe, en efecto, en los repliegues más íntimos de la voluntad humana, un cierto apetito de poder propio, por el cual le agrada ser de sí misma, y no someterse a otro, ni siquiera a Dios. Si este apetito ya no existiera, nada de los preceptos de Dios sería molesto; y si el hombre no lo hubiera querido en primer lugar, no habría querido lo demás sin dificultad. Pues al pecar, no apeteció otra cosa sino no estar bajo el dominio de otro; puesto que se admitió aquello que, para no ser admitido, sólo debía haberse atendido al mandato de quien tiene el dominio. Y si esto se hubiera atendido, ¿qué otra cosa sino la voluntad de Dios se habría atendido; qué otra cosa sino la voluntad de Dios se habría amado; qué otra cosa sino la voluntad de Dios se habría antepuesto a la voluntad humana?

Pues el alma fugitiva de la Sabiduría inmutable, de la Verdad y de la Voluntad —a cuyo arbitrio director sirve y está sujeta por naturaleza— hizo esto: quiso ser suya y no de otro, y, en lugar de la suprema y eterna ley y voluntad, reinar mediante una ley y un poder que consideraba propios de su propio arbitrio, no siguiendo a Dios como rector, sino gobernándose por su propia ley. ¿Y quién no ve cuánta contumacia y cuánta orgullo hay en esto? Y en verdad no pudo ocurrir sino que la voluntad propia cayera sobre el hombre con el gran peso de su ruina, al anteponerse, elevándose, a la voluntad y al poder de un superior tan grande y tal. De donde resultó, como pena debida y justa a tal vicio, que ya fuera molesto someterse a la voluntad divina, esto es, obedecer a la justicia. Vicio que, si no se vence con el auxilio de la gracia, nadie se convierte a la justicia; y si no se sana por la operación de la gracia, nadie goza de la paz de la justicia.

Cuanto más y más disminuye este vicio en quien va progresando, tanto más gustosamente desea ser de otro y no suyo, y ser regido por la verdad y la voluntad de Dios, más que por su propio poder. Pues ningún santo, en la medida en que en esta vida le es dado serlo, se goza de un poder propio de esta índole, sino más bien de aquel del cual recibe el poder hacer todo lo que congruentemente puede; hasta que, finalmente, llegue a aquella sanidad del alma propia de la vida futura, donde, sin que nadie ame ya un poder o una voluntad propios, el poder inmutable de la Verdad y de la Sabiduría —esto es, Dios mismo— será todo en todos. Y antes de que esto llegue a ser, por dádiva del mismo Dios, esta herida puede, de algún modo, cerrarse por fuera o deshincharse, pero sanarse por completo no puede, sino por el inefable milagro del humildísimo y omnipotentísimo Redentor.

En verdad llevamos clavado tan profundamente, en las entrañas y en la médula más íntima, aquel dardo satánico: *«Seréis como dioses»* (Gén. 3). Pues es propiedad singularísima de Dios, y propiísimamente exclusiva, ser dueño de su propio arbitrio, de su voluntad, de su poder; y bajo su dominio omnipotente —puesto que él mismo no es regido por nadie— es justo y necesario que todo sea regido. De la sombría imagen de esta excelentísima potencia y potentísima excelencia, el alma fugitiva, con el ardentísimo prurito de aquella herida, apetece expresarse en los pecados, ya delinca en la soledad, ya se desmande en compañía de otros: de modo que también así toda su posteridad, con su propia manera de vivir, dé testimonio de lo que el primer hombre apeteció al repudiar el dominio de Dios.

Pues así como aquel pueblo Romano, partícula de su estirpe, consideró inglorio servir en su propia patria terrena —es decir, servirse a sí mismo— y glorioso, en cambio, dominar e imperar, y por ello, tras repudiar con todo empeño el dominio de sus propios reyes, quiso primero ser libre, y luego además ser señor de los demás pueblos, así también todo aquel género humano, sacudido primero el yugo de la verdad y la voluntad omnipotentes, se complace en ser de su propio derecho y de su propio poder; y después, cada uno de ellos, incluso él solo, si pudiera, desea que todo le esté sometido: con una perversa emulación, sin duda, del Dios omnipotente, que, siendo el único que preside con utilidad y con salud a todas las almas, prefiere el hombre mismo —como muy acertadamente dijo Agustín (*Ochenta y tres*

cuestiones diversas, q. 79)— ser un dios para sí mismo o para otros a quienes pueda, amando más su propio poder sobre sí o sobre los demás, que el poder de Dios amoroso sobre todos.

De ahí resulta que toda orgullo —a la cual el género humano ha sido justamente condenado— aspira, a imagen de Dios, a la singularidad: que uno solo presida a todos, si los demás lo soportan por humildad o por necesidad; o al menos que sobresalga por encima de todos, si otra orgullo no lo permite. Pues odia la igualdad con sus compañeros bajo Dios, pero quiere imponer a sus compañeros su propio dominio en lugar del de Dios. *Nada busca tanto el hombre —dice el mismo Agustín (Tratado 43)— como el poder*. Y como no hay, en verdad, en todo el hombre poder mayor que el que se infunde en el alma por las virtudes verdaderas, de ahí resulta que quien ha aprendido bien, o ha experimentado, los grados de los vicios que hay que vencer, entienda sin duda que esta peste es, para los perfectos, la única temible, o al menos la más temible de todas; y tanto más peligrosa cuanto más conscientes son de tener en sí muchas cosas por las cuales podrían ser arrastrados a complacerse en sí mismos.

Pues como no hay nada entre todas las criaturas más excelente que la mente racional, resulta de ahí, en consecuencia, que una mente buena se complazca más en sí misma, y se deleite más en sí, que en cualquier otra criatura. Y cuán peligrosa, más aún, cuán perniciosamente se complace en sí misma cuando por esto se hincha y se envanece con el mal de la inflación, mientras no ve todavía aquel sumo e inmutable bien, en cuya comparación deba despreciarse a sí misma, y por cuyo amor deba abaratarse ante sus propios ojos, y quedar tan penetrada de su espíritu que lo anteponga a sí misma, no ya solo por razón, sino también por amor eterno: mostrarlo con argumentos serviría de poco. Esto lo comprende quien, fatigado por el hambre, vuelve en sí mismo y se dice: *Me levantaré e iré a mi padre* (Luc. 15). Pues nada siente que se le resista tanto en este regreso, ni que golpee de frente la puerta de la casa paterna, como cuando se hincha de soberbia complaciéndose en sí, y el alma se parece grande a sí misma sin estar sana. De ahí que en la Ciudad de Dios, y en la Ciudad de Dios que peregrina en este siglo, se encomiende sobremanera la humildad, y se predique especialmente en su Rey, arquetipo de toda reforma.

De ahí que todo crimen que los impíos cometen, sea a sabiendas, sea sin saberlo, o bien es castigo, o bien es medicina de la soberbia. Pues ni al primer hombre lo habría atrapado el demonio en aquel pecado manifiesto y abierto —por el cual quedó hecho exteriormente lo que Dios había prohibido— si no hubiera ya empezado a complacerse en la soberbia. Por eso, en efecto, le deleitó aquello que se les había dicho: *Seréis como dioses* (Gén. 3). Es verdadísimo, en efecto, aquello: *A la ruina precede la soberbia, y antes de la caída se exalta el espíritu* (Prov. 16). Aquella ruina que se produce ocultamente por la soberbia precede a la ruina que se produce a la vista de todos, mientras se cree que aquella otra ruina —la oculta— no lo es en absoluto.

Por eso Dios había prohibido aquel acto exterior: porque, una vez cometido, no podría defenderse de ningún modo con la imaginación de justicia con que suele defenderse la soberbia; para que así, mediante la humillación del pecado manifiesto en que cayera,

aprendiera cuán falsa y vanamente había presumido de sí. De donde resulta que a los soberbios les es útil caer en algún pecado torpe y manifiesto, para que, con esa torpeza, se desagraden a sí mismos quienes ya habían caído por complacerse en sí. Pues también aquel que había dicho en su abundancia: *No seré jamás conmovido* (Sal. 29), fue devuelto a la sanidad, por misericordia de Dios, mediante aquella medicina tan temible. Habiendo experimentado cuánto mal le había causado la soberbia presunción de su propio poder, y cuánto bien el auxilio de la gracia de Dios, dijo: «Señor, en tu voluntad diste firmeza a mi hermosura; apartaste tu rostro de mí, y quedé conturbado». Ciertamente Dios le había sustraído un poco de aquello en que se complacía, para que supiera que no era suyo, y aprendiera a no enorgullecerse.

Esto hace, en efecto, Dios misericordiosamente, cuando mira a los caídos con la compasión de su gracia: que, quebrantada la presunción del alma y sanada la hinchazón de la soberbia, se levante; de modo que la voluntad, que antes de la experiencia faltaba para que se apoyara en el auxilio de la gracia de Dios, esté presente al menos después de la experiencia, para volver a Dios y permanecer más humilde y más constante.

De ahí resulta, pues, que cada uno de nosotros, que se afana en servir a Dios aun con humilde servicio, unas veces sabe emprender, hacer y cumplir una buena obra, y otras no sabe; unas veces se deleita en ello, y otras no se deleita; unas veces arde, y otras se enfría, para que reconozca que lo que sabe o en lo que se deleita no es facultad suya, sino don divino; y para que, con esta vicisitud de tempestades interiores, se sane de la vanidad de la exaltación. De ahí que aquel buen Dios no conceda a veces, incluso a sus santos, ni ciencia cierta ni deleite victorioso en alguna obra justa, para que reconozcan y sientan que la luz y la dulzura por la cual su tierra da fruto no proceden de sí mismos.

De ahí, también, que a sus propios elegidos, aunque le imploren la sanidad con gemidos y lágrimas, los sane más tardíamente en algunos vicios, permitiéndoles caer y levantarse durante muchos años, para que, corrompidos por una facilidad excesiva, no sean presa de una peste más oculta y mucho más peligrosa. Pues no quiere, con eso, que sean condenables, sino humildes; para que, habiendo alcanzado la prosperidad en todo, no digan en su corazón: *Nuestra mano poderosa, y no el Señor, ha hecho todas estas cosas* (Deut. 32). Considerad, os ruego, cuán funesto es este vicio, al cual hay que aplicar tan inmenso remedio: que, así como los médicos suelen expulsar el veneno con veneno, así el pecado de soberbia no se comprime sino con otros pecados.

De ahí que ese mismo Dios bueno no quiera extinguir, hasta la muerte, el aguijón de la carne —es decir, aquella inmundísima concupiscencia carnal— ni en los santísimos domadores de los placeres, ni en los mismos Apóstoles, ni en el mismo príncipe de los Apóstoles, aunque lo pidiera tres veces; porque en esta miseria humana, el peor enemigo del cual hay que guardarse es la soberbia; para que, mientras se lucha contra aquella concupiscencia, el alma se acuerde de sus propios peligros, y no se envanezca sintiéndose segura, hasta que la fragilidad humana llegue a aquella perfección de sanidad donde ya no se tema ninguna

podredumbre de lascivia ni ninguna hinchazón de soberbia. Todo esto, sin duda, fue prefigurado antiguamente por la divina Providencia con gran misterio en los judíos, cuando algunos pueblos cananeos fueron dejados con vida tras la batalla, y sometidos poco a poco y con grandísima dificultad.

De aquí, en efecto, ha de entenderse prudentemente que Dios, cuando es propicio, restringe y modera, incluso en el corazón de sus hijos, los excesos de una prosperidad demasiado grande, de modo que convierte en provecho de ellos incluso sus propios vicios y pecados, no solo cuando son vencidos y sometidos, sino también cuando son temidos y cuando se cometen: lo primero, para encarecer su propia largueza; lo segundo, para reprimir la exaltación de ellos; no sea que, o bien no pudieran sostener con modestia y saludablemente la prosperidad repentina de una victoria alcanzada, o bien pusieran su confianza en sus propias fuerzas al alcanzarla. Pues con la experiencia se les muestra de dónde tienen lo que tienen, al sentir por sí mismos que no pueden tener lo que desean tener, y que, fiándose de sí, incluso pierden lo que tenían.

Y así resulta que el alma de ellos, en todo, no mire hacia sí misma, sino hacia aquel que arranca sus pies del lazo. Pues no sin un gran y profundo consejo de Dios ha sucedido que también la vida de los justos esté tan llena de tentaciones, tan ciega de errores, tan sospechosa de trampas, tan angustiada por los peligros de pecar, tan oprimida de dificultades, tan agobiada de pecados —para cuya prevención ninguna ciencia humana basta, ni para cuya superación bastan la industria ni las fuerzas—, que con toda justicia dijo el Apóstol que también el justo apenas se salva (1 Pedro 4).

Y ¿por qué, os ruego, apenas se salva incluso el justo? ¿Acaso salvar al justo es trabajo para Dios? ¿Acaso Dios envidia la facilidad de nuestra salvación? Lejos de eso. ¿Por qué, entonces, permite que los pecados sean tan fáciles y la justicia tan laboriosa, de modo que, además de lo ya dicho, hasta los más justos vivan bajo perpetua remisión de pecados? Sé, en verdad, que así como la imposibilidad, tampoco la injusticia se halla en Dios. Pero sé también que Dios resiste a los soberbios, y da su gracia a los humildes (Sant. 4). No es, pues, para quitarles la esperanza de salir de ellos, sino para quebrar la cerviz erguida y la presunción de enorgullecerse, y para mostrar justísimamente condenada la naturaleza soberbia, que Dios omnipotente no quiere librarnos fácilmente de tantos males, para obligarnos —al fallarnos todo auxilio de las fuerzas humanas— a buscar al Señor que nos libera, y a que el hombre miserable, en cuyos huesos y médulas está infuso el deseo de confiar en sí mismo para prevenir y vencer los pecados y obrar la justicia, se vea compelido a implorar y confesar el auxilio de la gracia divina.

Esto lo hace Dios con sus elegidos mediante beneficios, esto mediante castigos, esto lo persuade por la ignorancia y por la ciencia; esto, en fin, mediante tantos peligros y dificultades, mediante errores y pecados, se enseña y se aprende del modo más saludable —hasta donde, con la ayuda de Dios, alcanzo a comprender—: que ni sacrifiquen a su propia flecha para obtener su liberación, ni se ufanen de sí mismos por haberla obtenido, sino que den la gloria a Dios que los libera. Pues cuando Dios los aterra por fuera con tantas

dificultades, y los azota con tantas caídas, y por dentro los persuade el Espíritu, perciben que se les concede la victoria sobre el pecado cuando no se enorgullecen; y que se difiere y se hace difícil para que no se enorgullezcan; y que se les niega porque se enorgullecen. Aterrados, pues, por los peligros, caminan más cautelosos bajo la gracia de Dios; quebrantados y turbados por las dificultades de la lucha, anhelan con más avidez la gracia de Dios; vencidos y postrados por el pecado, vuelven a la gracia de Dios más humildes y más instruidos.

Así, en fin, condenada la suficiencia de las propias fuerzas para evitar los males, la confianza para alcanzar los bienes, y la perniciosa seguridad para conservarlos, se deshincha el alma y se sana la soberbia; para que, al fin, alguna vez, quien se gloría, se gloríe en el Señor (1 Cor. 1). ¿Quién no prorrumpe en alabanza de tan gran sabiduría? ¿Quién no confía a una bondad tan solícita y tan generosa los progresos y retrocesos, de la vida y de la muerte, y todos los momentos de su propia reforma? Ella, cuando gemimos sintiéndonos como rechazados de su cuidado y desesperados, es precisamente entonces cuando acude en nuestro auxilio con una medicina tanto más presente cuanto más oculta.

Lo sintió el Profeta, sintió estas admirables trampas de Dios en favor de nuestra salvación, cuando, turbado por una lucha semejante y como fatigado de tedio, prorrumpió: *Mas tú, Señor, ¿hasta cuándo?* ¿Qué significa «hasta cuándo»?, se pregunta Agustín (*Sermón 3 sobre las palabras del Apóstol*, c. 7). *«Hasta cuándo te pongo a prueba» —dice—, porque yo acudo en tu auxilio. Pues si acudiera pronto, no sentirías la lucha; y si no sintieras la lucha, te enorgullecerías, como si fuera por tus propias fuerzas, y por esa misma soberbia nunca llegarías a la victoria.* Está dicho, en verdad: *«Aún estás hablando, y yo diré: Heme aquí»*; pero Dios, incluso cuando difiere, está presente; y lo que difiere, está presente; y con el diferir, está presente: no sea que, al cumplir demasiado pronto la voluntad, no llegue a cumplir la perfecta sanidad.

Exhortación final

Que esto, pues, oh fortísimos Atletas, sea vuestro consuelo en la reforma de los afectos de vuestro ánimo (de los cuales ya hemos hablado, quizá, más tiempo del que convenía): que si sentís de continuo cierta resistencia de vosotros mismos hacia vosotros mismos, que os impide someter y pisotear del todo, como quisierais, al enemigo contra el cual lucháis —es decir, a vosotros mismos—, no por eso desconfiéis en absoluto de la benevolencia divina hacia vosotros. No arrojéis por eso el escudo y la lanza, aunque gimáis sintiéndoos heridos una y otra vez: presumid, más bien, humildemente, que esa es una misericordia más oculta de la divina providencia, para que os saneéis o preservéis de otra peste más escondida y mucho más peligrosa. Pues huir y aniquilar la soberbia sin caídas ni pecados es una felicidad insólita y rarísima. *Cuida de la soberbia —dice aquel (Agustín, Tratado 25 sobre Juan)— y no habrá ninguna iniquidad.* Pues cuanto más sanos estamos de la hinchazón de la soberbia (*De la Trinidad*, libro 8, cap. 8), tanto más llenos estamos de amor.

El amor, en efecto, o la caridad, es aquella que no comete pecados, porque no obra perversamente (1 Cor. 13); y borra los ya cometidos, porque cubre la multitud de los pecados (1 Pedro 4). No penséis, sin ninguna vacilación, que esos pecados os han de ser quitados de otro modo que no sea este: que no solo por la fe —lo cual es común a todos los católicos— ni tampoco solo por la ciencia —lo cual es propio de los eruditos—, sino que con cierto afecto íntimo del corazón sepáis, sintáis y, casi con las manos, palpéis por experiencia que es Dios quien obra en vosotros el querer y el hacer (Fil. 2); y que no sois suficientes para pensar algo de vosotros mismos como venido de vosotros mismos, sino que toda vuestra suficiencia procede de Dios: de modo que, desechada toda confianza y seguridad en vuestras propias fuerzas, dependáis, trabajando y esforzándoos, únicamente de su misericordia.

Confiados en su auxilio, y en la misericordia ya experimentada de aquel que os llamó a este sublime instituto, y os inspiró el ánimo de esta saludabilísima reforma exterior e interior, corred con alegría hacia el premio de la vocación celestial. No temáis las lenguas de los hombres, más movidas por cierto prejuicio de los afectos que por juicio de quienes contradicen. Tan santo es lo que emprendéis, que antes roerán a escondidas que morderán a la luz del día, no sea que, con la propia luz pública en vuestro favor, queden condenados ellos mismos. Continuad, tan solo, adelante: venceréis, con la perseverancia, a quienes intentan venceros con la resistencia. Resisten mientras presumen que pueden hacerse ceder; pero si son vencidos por la constancia inconmovible de los perseverantes, hasta tendréis en ellos, allí donde fuisteis objeto de su envidia, alabadores o imitadores.

Sostenidos por esta esperanza, alimentad y encended dentro de vosotros aquel fuego que os arrebató del cielo; así sucederá que todo soplo de contradicción, sea de lengua humana, sea de lucha con los demonios, podrá inflamaros con más fuerza, pero no extinguiros.

Confortaos, pues, en el Señor, y ceñíos para la batalla contra las potestades del aire y contra vuestras propias concupiscencias. Despojaos del hombre viejo, y, revestidos del nuevo, reformaos en la novedad de vuestro entendimiento, en la cual reside el verdadero fin de toda disciplina reformada. En este negocio tan arduo, para que vuestro ánimo no desfallezca —por la fragilidad humana, privado ya del consuelo de las vanidades visibles—, poned todo el amor que sustrajisteis a las cosas del siglo en aquel único centro de vuestros afectos, es decir, en Dios, a quien os habéis dedicado.

Pues no venceréis el amor de las cosas temporales de que he hablado, sino con alguna dulzura de las eternas. *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (Sal. 33). Si su amor y su deleite inflaman vuestra mente desde lo alto, todo lo que en vosotros os resistiera con molestia será consumido como por el fuego; todo lo difícil será superado, incluso con placer. Nada hay, en efecto, tan duro y tan férreo que no sea vencido por el fuego del amor.

Cuando el alma, mediante ese amor, se arrebata hacia arriba, hacia Dios, sobre todas las dificultades externas e internas, y sobre el mismo tormento del cuerpo, volará libre con alas enteramente íntegras, en las cuales se apoya el amor casto e invicto para llegar al abrazo de su Dios. Pues no son penosos los trabajos de los que aman, ni laboriosos los amores. Porque

donde se ama, no se trabaja; o, al menos, se ama el mismo trabajo. Elevaos, pues, hacia la altura de la eternidad que resplandece desde lo alto, hacia la certeza de la verdad inmutable, y hacia la corriente de la dulzura divina; y todo lo que os prometiera la ruinosa altivez de la soberbia, todo lo que os sugiriera la inquieta curiosidad de experimentar, todo lo que os halagara con la inmunda torpeza de los placeres carnales, lo dejaréis pasar con desdén.

Pues cuanto mendigan aquellas tres concupiscencias de las criaturas más ínfimas y pasajeras, lo alcanzaréis con un solo y único compendio: aquel amor divino. Pues ¿qué buscan ellas en las cosas temporales, qué cazan y persiguen en todas ellas, sino Sobresalir, Saber y Deleitarse? Y ¿qué hay, os pregunto, más excelente y más sublime que este amor, por el cual el alma, rota la niebla de las cosas creadas, vuela hacia la eterna serenidad, y, sometida solo al principio de la excelencia, desprecia todo lo demás como inferior e indigno de su amor? ¿Qué hay más sabio y más docto que este amor, por el cual nada se ama sino la Verdad y la Sabiduría eternas mismas? ¿Qué hay más deleitable que este amor, por el cual se derrama en el corazón la fuente misma de todos los placeres?

Así, al fin, sucederá en vosotros que ni vuestra excelencia tema ya la humillación, ni vuestra ciencia caiga en el error, ni vuestro placer incurra en ofensa. Que esto nos conceda Aquel cuya esencia es la eternidad, y cuya ciencia es la verdad, y cuyo gozo es la caridad: el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

FIN